

La obsesión de Rossetti, de Ramón Saizarbitoria, como reflejo de la obsesión identitaria

GIRASOLE, María Belén / Universidad de Buenos Aires (UBA) – mbgirasole@gmail.com

» Palabras clave: literatura vasca, identidad, cosmopolitismo.

> Resumen

En *Guárdame bajo tierra* –extensa obra compuesta por cinco novelas– el modernizador de la prosa vasca, Ramón Saizarbitoria, construye personajes en tensión inhabilitante frente a la globalización. Su espacio de representación individual queda suprimido en la compleja estructura transnacional que otorga sentido a la existencia humana en la era globalizada (Urioste, 2006: 641). En este trabajo nos centraremos en el análisis de la segunda novela de esta serie, *La obsesión de Rossetti*. En particular, analizaremos la pugna identitaria que problematiza lo lingüístico y lo cultural en relación con tres ejes (lo nacional, lo local y lo global), poniendo de relieve la sórdida situación de un individuo que no logra definirse y reconocerse en una realidad sociocultural que lo ahoga. En este nuevo mundo que no admite afueras ni adentros, el protagonista –incapaz de asumir su identidad vasca– tampoco encuentra otra inserción para asumirse como ciudadano. La novela evidencia, de esta manera, la incómoda realidad de un mundo cada vez más escindido y fragmentado, pero también interconectado, que no deja lugar para aquellos que no supieron, saben o sabrán adaptarse al nuevo modo de comunicarse y vivir la identidad cultural.

> Introducción

Ramón Saizarbitoria es considerado uno de los modernizadores de la prosa vasca ya que sus obras rompen con la tradición literaria canónica de aquella región y buscan explorar y experimentar con nuevos temas y técnicas¹. Su novelística, escrita en euskera, comprende dos etapas: una inicial, que se desarrolla entre los años 1969 y 1976, y una posterior, a partir del año 1995, cuando, tras un largo silencio, vuelve a publicar. A este segundo período corresponde *Gorde nazazu lurpean*, publicada por la editorial Erein en el año 2000 y traducida al español por Alfaguara con el título *Guárdame bajo tierra* en 2002. Esta extensa obra está compuesta por cinco novelas: *La guerra perdida del viejo gudari*, *La obsesión de Rossetti*, *La paternidad negada de*

¹ Patricio Urquizu, en *Historia de la literatura vasca*, afirma: “Por primera vez en la narrativa vasca, un escritor explicitaba su preocupación por la forma novelesca y se adscribía a la afirmación barthiana de la preeminencia de la técnica en toda creación literaria. Para R. Saizarbitoria, la novela es, ante todo, búsqueda, es decir, un medio para experimentar y tratar de decir algo nuevo” (533).

Marcel Martin (o “*la femme, elle, sait*”), *Dos corazones en una tumba* y *El huerto de nuestros mayores*². Estas cinco novelas están unidas por el hilo de diferentes cuerpos y secretos enterrados hace mucho tiempo, así como sentimientos y pasiones sepultadas en vida. Todos estos elementos ocultos necesitan salir a la luz, venciendo el imperativo del título de la compilación y mostrando la dificultad que implica superar los otros imperativos: los de la vida, los de una sociedad asfixiante que lucha por callar y ocultar bajo tierra los sentimientos particulares de los individuos.

En el presente trabajo nos centraremos en la segunda novela de esta serie, *La obsesión de Rossetti*. En particular, analizaremos la pugna identitaria que problematiza lo lingüístico y lo cultural en relación con tres ejes: por un lado, lo nacional, encarnado en Madrid; por otro, lo local, centrado en el *problema vasco*; y, por último, lo global, presente en el cosmopolitismo de las grandes ciudades –en este caso, Londres–. Este choque pondrá de relieve la sórdida situación de un individuo que no logra definirse y reconocerse en una realidad sociocultural que lo ahoga.

› **Guárdame bajo tierra**

La obra *Guárdame bajo tierra* (2002) puede considerarse posnacional y de tendencia posnacionalista. Posnacional en tanto, siguiendo a Bernat Castany Prado (2007), busca transmitirle al lector su modo de sentir y entender el mundo, pero escéptica y atenta a la compleja ambigüedad de este. Y posnacionalista ya que, a diferencia de la literatura nacionalista que busca, de un modo “pedagógico”, insertar su manera particular de concebir el mundo y su identidad, esta muestra un claro desencantamiento e ironía. En efecto, como afirma Castany Prado:

Ciertamente, el nacionalismo no es demasiado compatible con la incertidumbre ya que aquel que no le rinde culto de forma absoluta o aquel que tiene una identidad nacional compuesta son considerados traidores potenciales. De ahí que el escepticismo filosófico y literario sea un componente importante para el posnacionalismo (2007: 169).

Saizarbitoria logra personajes internamente problemáticos, trágicos y movidos por una incertidumbre existencial, entre el ser fiel a sí mismos o ceder en su día a día. En un ensayo aparecido en el portal web *Revista de Libros*, al referirse a su obra, afirma: “La frase que vuelve como en una sinfonía, la observación de lo normal, la conversión de lo banal en elemento inquietante, la sensación de futilidad que acompaña a una vida gris” (Saizarbitoria, 1998).

En efecto, *Guárdame bajo tierra* nos presenta el murmullo de lo que podría haber sido, de lo que se querría que fuera, pero que no es, y no es porque ninguno de los personajes se atreve a

²La primera y la última transcurren en ambientes de la Comunidad Autónoma Vasca, la cuarta tiene lugar entre esta última y la Comunidad Foral de Navarra, y, por último, las dos restantes se desarrollan entre la Comunidad Autónoma Vasca y Madrid, Inglaterra y Francia.

transgredir las pautas que parten de la sociedad y ellos mismos se imponen, creando un presente y un futuro incompletos.

El conjunto de novelas muestra así un grupo de personajes que hubieran querido ser héroes de la situación, ganadores, llevar las riendas de su vida, pero que, por más que lo intentan, no lo logran. La autocensura, el autosabotaje y la incapacidad para comunicarse con los otros marcan sus vidas.

Por un lado, Saizarbitoria construye hombres vascos incomprendidos por los suyos y por los otros. Lo no-dicho y la culpa son el motor de sus vidas, llevados por los hilos de la inercia de lo que debe ser. Para ellos, es mejor el parecer que el ser. Es por esto que llevan adelante vidas desapasionadas, infértiles, con algunas instancias de verdadera pasión, íntimas, clandestinas, pero breves y poco satisfactorias. Siguiendo a Castany Prado (2007: 203), se trata de “personajes indecibles”: poseedores de identidades híbridas, al tener que salir de su espacio *nacional* fracasan en las síntesis culturales y poseen una mirada ciega frente a lo *nacional*, de aquí y de allá. Sus personalidades, su ideología, sus pensamientos y su lengua se desdibujan y se adaptan frente al otro, compatriota o no. Sin embargo, la experiencia con la alteridad peca de escasa y no gratificante. El personaje intenta ser el otro, pero no puede dejar de ser él mismo, sumándose la rabia reprimida de no ver reflejadas en el otro –él mismo– las propias frustraciones nacionales.

Por otro lado, en relación con el diferente, existiría una intención de integración, pero a regañadientes, por no poder deshacerse de lo más profundo de su identidad y de una culpa incomprensible. Esto es, su identidad nacional marcada por una guerra perdida, un anhelo independentista no resuelto y una fuerte conciencia de las diferencias nacionales, no solo en una España plurinacional y plurilingüe, sino también en un mundo cada vez más convulsionado y heterogéneo.

De esta manera, el posicionamiento de estos personajes frente a la globalización cultural es desconcertante, inhabilitante, en tanto el espacio de representación individual queda suprimido en la compleja estructura transnacional que otorga sentido a la existencia humana en la era globalizada (Urioste, 2006: 641).

> **La obsesión de Rossetti**

La novela *La obsesión de Rossetti*, la segunda y más extensa del conjunto (Saizarbitoria, 2002), entrelaza la obsesión del pintor y poeta inglés Dante Gabriel Rossetti por recuperar unos poemas enterrados junto a su esposa Elizabeth Siddal, y la del narrador-protagonista por recuperar una media docena de líneas eróticas con las que, en su momento, logró seducir a una mujer. Los objetivos de ambas obsesiones tienen un carácter autoconsagradorio fallido. Por un lado, Rossetti, luego de exhumar el cuerpo de su esposa y recuperar los versos que –en un acto de extrema intimidad y como muestra de un profundo amor– fueron sepultados junto a ella, decide publicarlos

para ganarse otro amor, el de sus coetáneos. Pero, lejos de esto, recibe pésimas críticas, tanto por la calidad de los versos como por la actitud egoísta de despojar a su fallecida amada de esas notas. Por otro lado, el protagonista de la novela entiende que debe despojar a una vieja amada de la nota erótica con la que se granjeó su amor, para ahora ganarse el amor y la pasión de otra mujer, pero su infructuosa búsqueda logra el resultado opuesto. Si en Rossetti los versos se movían de lo privado a lo público, en la historia del personaje las líneas se mueven de lo íntimo a lo íntimo, ya que, para él, lo público dejó de ser un espacio de comodidad hace tiempo.

No es casual, entonces, que la novela comience en el mismo sitio donde termina; es decir, el personaje protagonista rememora, en su intimidad, en su departamento de San Sebastián, una serie de situaciones vividas en los últimos años. Se encuentra quieto, aterido, melancólico, consciente de que es él mismo el causante de ese estado. Es culpable.

La culpa forma parte del complejo relacional que se lleva a cabo entre los individuos. El sentimiento de culpa, de carácter interior y subjetivo, siempre involucra al otro. Es la alteridad, su ser todo y su interacción percibida como despreocupada, lo que causa este sentimiento. El protagonista de la novela sencillamente no logra constituirse como un ser íntegro, probo ante sus propios ojos y sus estándares.

El personaje es un obsesivo y, como tal, analiza cada uno de los intercambios con el otro, como si en ellos se desnudara su identidad y pensamientos. Las frases como “no me atreví” (Saizarbitoria, 2002: 91)³, “noté en su voz” (95), “por puro compromiso” (97), “agudizar mi angustia” (107) y verbos como “advertir”, “pensar”, “sentir”, inundan sus pensamientos. Para él, lo mejor es evitar o esquivar el contacto con el otro y, si esto no es posible, endilgarles al destino y al azar la posibilidad de ese encuentro.

Las dos mujeres, Victoria y Eugenia, son objetos de la obsesión del personaje, y no pueden existir la una sin la otra. No es hasta que surge la segunda mujer que el protagonista se obsesiona con la primera. Crean una duplicidad que las anula: cada una es lo que la otra no es. Esta complejidad condiciona y entorpece la capacidad camaleónica de adaptación identitaria del personaje. Estas mujeres son, primero, Eugenia, natural de Madrid, y luego, Victoria, vasca, pero trotamundos, políglota y de una belleza extraña que confunde. Es llamativo el hecho de que el nombre de ambas recree el del edificio emblema de San Sebastián: el teatro denominado Victoria Eugenia. El centralismo de Madrid y el cosmopolitismo global se reúnen, así, en uno de los íconos de la cultura vasca.

El protagonista conoce a Eugenia en Aranjuez, presentada por su amigo psicoanalista, Sedano. Debido a que Eugenia dice que los vascos son injustos con su ciudad (Madrid) por cuestiones pasadas, invita al personaje a visitar la urbe sin prisas, con ella como *cicerone*. Tanto la visita como las regulares llamadas telefónicas se desarrollan sin traspasar el límite de la cortesía, hasta

³ En adelante solo indicaremos número de página en las citas de *La obsesión de Rossetti*, todas recogidas de *Guárdame bajo tierra* (Saizarbitoria, 2002).

que el protagonista decide escribirle una tarjeta con las famosas líneas eróticas. Es interesante pensar el valor de la palabra escrita para este neurótico obsesivo y su inestable relación con el mundo del otro. Él afirma: “Para quien posee unas dotes mínimas, el recurso a la escritura ofrece una serie de ventajas frente a la comunicación oral: por escrito uno puede permitirse ser más audaz [...] Llegado el caso, siempre cabe argüir que lo escrito es pura ficción” (76). Finalmente lleva la carta al correo y “decidido a poner mi suerte en manos del destino: mantuve el sobre centrado en el borde de la boca del buzón [...]. El destino quiso que cayese dentro” (105). Así, la responsabilidad está en el destino.

La elección del lugar para el encuentro amoroso la realiza él (con lo que esto significa): el hotel que se ubica en la estación terminal del tren, ya que ese espacio impersonal y aséptico, en Madrid, pero al mismo tiempo exterior, lo hacía sentirse más cerca de casa. Cuando el vínculo se alarga y comienza a recibir llamadas de Eugenia a diario, él decide ignorarla para acabar con la relación. Este fracaso con el otro lo arrastra a una soledad autoinfligida, porque sufre estar solo pero no puede estar con nadie más. Tiende a poner las culpas en el otro, en lo otro: algunas veces será la educación recibida, otras será el problema vasco, pero nunca llevará la mirada a su propia identidad en conflicto permanente. La aceptación de su neurosis obsesiva es ambivalente: por momentos acepta padecer esta patología; por momentos, no. Su amigo psicoanalista se lo menciona habitualmente:

Lo cierto es que a Sedano todo cuanto le cuento sobre mi persona le parece característico de una neurosis obsesiva, aunque, desgraciadamente, creo que no le falta razón. «En el encuentro con el otro, el obsesivo fracasa», suele decir (87).

Tal vez el problema con Eugenia es su insistente preguntar sobre lo vasco: “¿Qué os pasa a los vascos?” (96) y “Que cómo estaban las cosas, que qué nos pasaba, que qué locura; yo le decía que sí, [...] y, trataba de cambiar de tema” (101). La incomodidad del personaje con el ser vasco está bien explicitada y es donde, podemos entender, se halla la raíz de la incomodidad que sufre el personaje frente a todo lo público:

Debo decir que no soy de esos que van de vascos por la vida. Al revés, temeroso de que cualquier gesto o actitud pueda ser tildada de excesiva, estoy acostumbrado a disimular mi, digámoslo así, ramalazo patriótico, para caer bien a cierta gente. A veces en la medida en que se tiende a asociar lo vasco a cosas horribles, me da la impresión de que reprimo incluso los rasgos de identidad más inocentes por temor a que me identifiquen con la imagen tópica de nacionalista radical. Lo hago por comodidad, o por cobardía quizás, pero posiblemente me excedo haciendo concesiones innecesarias y adoptando una actitud demasiado complaciente que, en definitiva, me dificulta ser yo mismo y, además, contribuye a que me sienta bastante frustrado. De manera que procuro evitar lo que se denomina «el problema vasco» (85).

Por otra parte, el encuentro con Victoria, en un restaurante de Londres, también es dejado al azar:

[...] si se decidía por las crêpes al armagnac que yo mismo había estado dudando de pedir o no [...] si elegía cualquier cosa que no fuera el sorbete, ya tenía excusa para eludir el riesgo de afrontar un fracaso; y, si coincidíamos [...], siempre habría tiempo para dilatar la decisión con una nueva estrategia (115).

En esta letanía de interminables estrategias para evadir el contacto, es ella quien toma contacto con él, hablando en un perfecto español. Después de muchas dudas y diferentes situaciones, él descubre que ella también es vasca y de San Sebastián, pero que había estudiado, trabajado y vivido la mayor parte de su vida fuera de Euskadi.

El hecho de que ella sea vasca tal vez podría generar la posibilidad de un acercamiento más espontáneo, más natural. Pero enseguida Victoria divide entre el “ustedes” y el “nosotros”, cuando el protagonista le dice que su nombre le recuerda a San Sebastián y todos sus sitios emblemáticos. A ello Victoria responde:

«Cómo sois», me dijo, «tres días fuera de casa y carcomidos ya por la nostalgia». Repliqué que no, que se trataba simplemente de una asociación provocada por su nombre. «Pues qué quieres que te diga», dijo sonriente. «Yo me siento más Victoria Station. De todas formas, San Sebastián ya no es lo que era, aunque los donostiarras no queráis verlo.» (123).

Debido a la espontaneidad e impulsividad de Victoria y a la imposibilidad del personaje de tomar decisiones, será ella quien lo “arrastre” por todo Londres, mostrándole diferentes obras de arte (negocio al que se dedica). En estos intensos paseos, ella manifiesta su odio visceral por el artista Dante Gabriel Rossetti:

[...] la actitud de Rossetti le producía una repugnancia indecible; le parecía infame que, tras la escenificación de un acto de amor y generosidad como el de ofrecer los poemas a su esposa para siempre, tuviera la mezquindad de sustraérselos. —No puedo entender ese apego a la obra. Esa obsesión ruin por recuperar sus versitos (147).

Debido al simple hecho de que tanto Rossetti como el personaje son escritores, este último piensa que Victoria proyecta en él al pintor y sus decisiones. Según él, ella se lo repite casi a modo de reproche. Para desentenderse de ese ataque que siente personal y en “ese desmedido deseo de agradar” (87), el personaje decide adoptar la posición de su interlocutora y “odiar” a Rossetti también. Más tarde, le cuenta la aventura de la media docena de líneas eróticas, ahora en posesión de la que una vez fuera el objeto de su interés. Es en este punto donde el protagonista tiene la posibilidad de separarse para siempre de Rossetti, de ser otro, de no obsesionarse, pero no puede, no está en su naturaleza:

«Entonces, tendrás que abrir el féretro de tu Siddal para recuperar esas líneas», concluyó, riendo, tras la carcajada: «Pero no se lo encomiendes a otros, como ese miserable de Rossetti. Ábrelo tú mismo». «Eso haré» confirmé yo, también riendo (188).

Acto seguido y después de dos años, retoma el contacto con Eugenia, quien luego de varias idas y venidas acepta entregarle el texto, pero, a modo de condición, le pide que el encuentro se

realice en un hotel de la calle Serrano. Allí, Eugenia juega con la sumisión y la obsesión del protagonista hasta el punto de humillarlo. Finalmente, accede a darle la nota:

«Cógela», insistía, agarrándome con fuerza de las orejas y atrayéndome hacia sí con un desprecio terrible en la voz; era ese desprecio el que, a pesar del daño que me hacía, me empujaba a resistirme. A pesar de ello, consiguió atenazarme la cabeza entre sus rodillas. Allí estaba el papel, hecho un cilindro, emergiendo un par de centímetros de la vagina. Cerré los ojos para ocultar las lágrimas y me sentí caer por un sumidero, envuelto en un torbellino de imágenes. Veía unas siluetas negras, bajo la parva luz de los cirios que portaban en las manos, el cementerio de Highgate, las piedras tumbales cubiertas de maleza, [...]. Veía la tierra negra, mojada, las fosas abiertas y, en el fondo de una de ellas, reconocí el cadáver de Lizzy Siddal, envuelta en su pelo de fuego desmesuradamente crecido, electrizado, que la envolvía como un sudario, sucio de barro; el repugnante pájaro maligno picoteaba las manos que se aferraban a los poemas de Dante Gabriel Rossetti y me salpicaba su sangre. [...] El trozo de papel que necesitaba para lograr el amor de Victoria seguía allí, emergiendo de la vagina (230).

El horror que siente vivir lo hace replantearse si no es que él siempre ha sido el miserable en las relaciones con todos los demás. Por primera vez, el otro entra en sus reflexiones. Pero esta instancia no le dura mucho más, ya que, al salir de la habitación, seguido por Eugenia desnuda, envuelta en una sábana, y al grito de “¿Adónde vas, miserable?” (233), termina por cruzarse con Victoria, quien observa toda la escena. Ahora no es a Victoria, sino al amor que siente por ella, a quien culpa de sus acciones pasadas.

Dando a Victoria ya por perdida, y entendiendo que la vida sin ella no vale la pena, reflexiona sobre el daño que infligimos sin ser conscientes de ello y que no hay eximición de culpa por estar sufriendo también.

En las últimas páginas, en un aeropuerto donde se encuentran Victoria y el personaje, finalmente se revela el nombre del protagonista por boca de Victoria: Juan Antón. Claro que, según él, nadie lo llama Antón, sino Juan, dentro de las dos opciones, la castiza y estándar. Esta es otra marca más de la necesidad del anonimato.

El no querer pertenecer, no sentirse parte de la órbita de nadie, ni siquiera de su propia comunidad e identidad, es lo que hace que el personaje viva en una angustia absoluta hacia todo lo que se refiere a las relaciones interpersonales y culturales. El hecho de vivir en una sociedad que parece estar pidiendo explicaciones en todo momento y para la cual las suyas se sienten insuficientes, una sociedad donde él decide hablar una lengua, pero decide llamarse por otra. Después de culpar a la educación recibida, a los curas, a las madres, a las amantes, al amigo, al amor por una mujer, finalmente entiende que la culpa está en su mero acto de existir, en algo intrínseco, pero no en sus acciones efectivas sobre el otro.

Victoria logra ser una ciudadana del mundo y moverse con naturalidad y elegancia por todos los espacios retratados en la obra, mientras que Juan Antón no quiere adscribirse a su propia identidad nacional, pero tampoco sabe cómo negarla y aceptar lo otro y es aquí donde su devenir falla. La angustia y la culpa son solo un síntoma de este presente nacional no resuelto: es una “*epoché*” o “suspensión de juicio” mal solucionada (Castany Prado, 2007: 215).

› **Conclusión**

A través de la novela *La obsesión de Rossetti* vemos cómo se manifiesta la desazón de una realidad que no es la ideal, que incomoda, que hace reflexionar al personaje en todo momento sobre cuál es su lugar en un mundo cada vez más escindido y fragmentado, pero también interconectado. La incapacidad de querer asumir su identidad vasca hace que no exista una solución clara sobre dónde insertarse para asumirse como ciudadano. Si su terruño es rechazado, pero el cosmopolitismo internacional y el centralismo madrileño no son opciones válidas, ¿cuál puede ser su futuro en ese nuevo mundo que no admite afueras y adentros? Un mundo cosmopolita, de identidades y nacionalidades cruzadas, mezcladas, desdibujadas, de viajes y comunicaciones facilitados al extremo, amigos de lo espontáneo y lo fugaz, no deja lugar para estos individuos que han quedado al margen de estos movimientos y que no supieron, saben o sabrán adaptarse al nuevo modo de comunicarse y vivir la identidad cultural.

› **Referencias bibliográficas**

Castany Prado, B. (2007). *Literatura posnacional*. Murcia: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia.

Saizarbitoria, R. (1998). La división de Ramón Saizarbitoria. *Revista de Libros*, 15, 1-2. Recuperado de <http://www.revistadelibros.com/articulos/la-division-de-ramon-saizarbitoria> el 15/01/2017.

_____. (2000). *Gorde nazazu lurpean*. Donostia: Erein.

_____. (2002). *Guárdame bajo tierra*. Madrid: Alfaguara.

Urioste, C. de (2006). The Hispanic and Luso-Brazilian World. La cultura española en el marco europeo: entre lo global y lo local. *Hispania*, 89(3), 641-650.

Urquizu, P. (2000). *Historia de la literatura vasca*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.